



Radiografía del corazón humano

Sermón sobre Marcos 12,38-44

I. La toma de la imagen

La **escena** ante la que nos coloca el texto no puede ser más **espectacular**: Jesús se sienta enfrente del arca del tesoro del templo y observa a la gente cómo echaban sus donativos y ofrendas. No se sienta a la manera como lo hacemos nosotros cuando nos sentamos en algún Bar o Café para tomar algo. Vemos pasar la gente y decimos cosas como, “mira este, qué chaqueta más fea tiene”, o “ves aquella mujer, me suena su cara”. El modo y la actitud con la que Jesús está sentado ahí es más bien la de un investigador, un erudito, un sabio, algo como un médico que contempla la especie humana, estudia su comportamiento, sus ánimos, sus instintos, mide sus angustias y motivos más profundos. Jesús está sentado enfrente del tesoro del templo como un indagador que investiga a la especie humana.

¿Qué está investigando? Bueno, Jesús observa cómo se comporta la gente ante el cepillo de las ofrendas, qué clase de gente es y cuánto dinero echa cada uno. Esto puede sonar superficial. Jesús parece un espía. Pero la mirada exploradora de Jesús va más al fondo todavía. Él quiere descubrir cómo la gente vive su fe, qué buscan de verdad cuando “practican” su religión y cuál es la estructura de su comportamiento. Con ello, Jesús mira sus motivos más esenciales, sus expectativas y miedos, sus necesidades y patologías más remotas.

¿Cuál es su método? Esto me parece lo más interesante. No había radiografías en tiempo de Jesús todavía. Entre todos los lugares públicos en los que se podía observar al *homo religiosus*, parece que había un lugar en el que se podía ver lo que hay en el ser humano *a corazón abierto*. Este lugar es el tesoro del templo, el cepillo de las ofrendas, el dinero. Esto es lo impactante en nuestro pasaje y es una escena muy espectacular: el lugar del dinero le sirve como aparato de rayos para realizar una toma de imagen del corazón humano.

II. El diagnóstico

Entonces, ¿qué dice el diagnóstico del más grande conocedor del corazón humano? En un principio podríamos pensar que Jesús quería **denunciar la piedad hipócrita**. Una piedad que hacia fuera aparenta con sus vestidos religiosos, con la exhibición clerical en la vida social, con una fingida generosidad de hacer donativos, con un interés fraudulento en el bien de los demás. Sin lugar a dudas, todo este montaje de una aparente pero en el fondo falsa piedad es para Jesús algo absolutamente reprobable. El ejercicio de la piedad debe ser auténtico, los motivos limpios sin intereses secundarios y sin oportunismos. No obstante, creo que Jesús va más allá de una exhortación moral.

Luego está el tema de la **buena obra**, el donativo, o si queréis la obra social. Esta diría que no se trata de la cantidad que uno da, sino de la **proporcionalidad** respecto a sus posibilidades y condiciones. Aunque la viuda ha echado una cantidad muy pequeña, pero en proporción a sus posibilidades ha sido muchísimo. Pero también este punto es más bien marginal. Jesús no es un *cuentaduros*.

Cuando algunos interpretan la acción de ofrendar en clave del **amor hacia Dios**, ya nos acercamos más a lo que Jesús quería decir. El contraste entre la viuda y los religiosos ricos pone de manifiesto el auténtico amor a Dios. A Dios no se puede amar mediante un ejercicio de la religión que en el fondo no nos compromete. En cambio, las dos monedas de la pobre mujer simbolizan algo como la entrega de su vida a Dios. La dependencia de Dios no es para ella una proposición teológica sobre la que se podría filosofar, sino una actitud existencial que ella realiza una y otra vez. Esto es sin lugar a dudas lo que Jesús quiso decir a sus discípulos cuando los llamó y les dio una clase magistral en el mismo sitio de su laboratorio de la investigación del corazón humano.

No obstante, creo que podemos ir todavía un poco más allá en nuestra reflexión, sacando tal vez un lado más terapéutico de Jesús. En el fondo, nuestro texto habla de la **búsqueda humana de reconocimiento**. Desde el niño pequeño, que todo orgulloso trae a su padre un dibujo para recibir un “¡qué bien lo has pintado!”, pasando por el adolescente que adopta el estilo y el lenguaje del grupo para ser reconocido en su pequeño mundo de los amigos, hasta la persona adulta que se esfuerza cada día en su puesto de trabajo para recibir algún tipo de reconocimiento, ya sea en forma de salario, mediante un diploma o algún detalle de evocación o mención, todos buscamos el reconocimiento. La búsqueda de reconocimiento es un motivo muy poderoso que determina nuestra vida más de lo que normalmente pensamos. Porque el reconocimiento de alguna forma justifica toda nuestra existencia, el esfuerzo de nuestra vida. El reconocimiento otorga sentido a lo que somos y hacemos, es el motor de cada día, etc.

III. La enfermedad

Ahora bien, como pasa con todos los importantes instintos vitales, también el tema del reconocimiento es fundamental para el desarrollo de nuestra personalidad. Nuestro texto nos enseña, ilustrado por las figuras de los ricos y la viuda, las dos principales opciones, los dos caminos, uno bueno y otro patológico, para obtener reconocimiento.

En el fondo no hay ninguna diferencia, tanto los ricos y los escribas como la viuda son seres humanos que comparten las mismas necesidades, las mismas condiciones espirituales y psicológicas. Ambos buscan y necesitan el reconocimiento para su vida. Lo que les hace tan diferentes es el modo cómo lo reciben.

En el caso de los ricos y escribas, su problema es que buscan el reconocimiento de parte de la gente que les observa, por ello hacen en toda regla una exhibición de su religiosidad. A veces se puede pensar que Jesús denunciara el mero hecho de ser rico o un escriba. No es así. Sólo que hay posiciones sociales y profesiones en los que la tentación de vivir del reconocimiento externo es algo muy tentador. El problema es que este tipo de reconocimiento no sólo no satisface nunca de verdad, sino además puede desencadenar una dinámica muy dañina. No sólo se daña a otras personas, sino además la excesiva exteriorización crea una escisión entre el propio ser y la praxis de la vida. Las personas acaban como hipócritas, en el fondo quieren ser buenas, pero la dinámica del reconocimiento externo les impide ser libres.

IV. La curación

En el caso de la viuda es diferente. Ella presenta de alguna forma el modelo de cómo podemos recibir un reconocimiento que nos permite ser íntegros y auténticos. La viuda no tiene nada con qué impresionar a los demás. Ella no puede obtener un reconocimiento mediante la exhibición, porque no tiene nada que demostrar. Por eso, y no porque la pobreza en sí sea mejor, busca el reconocimiento en algo que no se puede comprar. La única fuente de reconocimiento que le queda es el reconocimiento que viene de Dios. No pretende comprárselo mediante la ofrenda. Su obra no hay que entenderla a modo de una obra meritoria con la que buscarse impresionar a Dios. Es más bien una acción de abandonarse a Dios con la que ella simplemente da a entender que ha encontrado en Dios una plena realización de sí misma. Su ser descansa de tal forma en Dios que la ofrenda de las dos monedas, que es todo lo que tiene para vivir, no es un sacrificio, sino un signo de sentirse totalmente acogida por aquel de quien recibimos el máximo reconocimiento en la vida.

Lo que aquí se hace patente es algo lo que los místicos han llamado la unión mística con Dios. Dios y el corazón humano ya no están enfrentados. Dios ha nacido en el centro de la personalidad. La entrega a Dios y la realización

personal son un mismo camino. Si esto se da, entonces todo acto del ser humano llega a ser una entrega a Dios, sin que la persona se pierda a sí misma, sino que se gana y se realiza constantemente. Es decir, en el fondo no depende de la cantidad de dinero, ni de la profesión que uno tenga, sino depende de dónde recibimos el reconocimiento para construir nuestra personalidad y carácter. En este sentido un rico puede ser tremendamente pobre, y un pobre inmensamente rico. Esta es la verdadera fuerza con la que el evangelio desmonta las tradicionales estructuras de la sociedad. Lo hace a modo de una revolución silenciosa desde el interior.

V. Moraleja para el lector

Llegados a este punto podríamos preguntar, ¿entonces, qué nos quiere sugerir este pasaje? Quiere que vayamos con Jesús a sentarnos enfrente del tesoro – no del templo, sino de nuestro propio corazón. Quiere que observemos, ¿qué es lo que ocurre ahí? ¿Qué actitudes podemos notar? ¿De dónde nos viene el reconocimiento? ¿Todavía buscamos desesperadamente impresionar a alguien?

Seguramente quiere advertir a los ricos y a los de buena posición social, a la vez que pretende consolar a los pobres y a los ignorados por la sociedad. Pero en el fondo no hay diferencia, quiere que Dios sea la fuente de nuestro reconocimiento y que la realización de nuestra vida sea una satisfacción en sí.

Por ello, a todos nos invita a dejarle entrar para que no tengamos que sufrir malas dependencias. Como dice Marín Buber: “Dios está, donde se le deja entrar”.

Amén.